

Mundos íntimos

Unir fuerzas. Cuando Hitler invade Rusia, Stalin negocia con el gobierno de Varsovia en el exilio crear un Ejército que va a Palestina y luego a Italia donde pelea junto a los aliados.

Mis abuelos polacos, silenciosos actores de una historia de la Segunda Guerra que aún me emociona

Ana Wajszczuk

Es ese", dice mi papá. O dice "Es igual", quizá soy yo la que escucho "es ese". Porque me parece totalmente familiar, pero no es ese sobretodo largo, de lana verde gruesa y pesada, que acompañó a mi abuelo en su travesía larguísima por cuatro continentes cuando fue parte del Segundo Cuerpo del Ejército Polaco. ¿Lo habré visto alguna vez? "Yo lo corté y lo usaba como gamulán", dice mi papá mientras apenas lo toca. "Se lo comieron las polillas".

Y no dice más, porque ya empieza a lagrimear y porque está por comenzar el acto de apertura de la exposición donde el sobretodo cuelga entre otros uniformes del ejército comandado por el General Władysław Anders. Una historia que calza perfecta en la horma de la epopeya: Segunda Guerra Mundial, 1334 días de travesía, 12500 kilómetros, 120 mil polacos liberados de los campos de prisioneros y de trabajo soviéticos.

Es una noche de septiembre y estamos en el pomposo Palacio Paz, en el Círculo Militar. La exposición itinerante se llama Rutas de la Esperanza. Odisea de la Libertad, y la organiza el Instituto para la Memoria Nacional (IPN), una institución pública muy activa en Polonia que se encarga de documentar los crímenes contra los polacos durante el nazismo y la época comunista. Iniciativas como esta, que hace hincapié en el heroísmo y patriotismo polaco, se alinean con la llamada "política histórica" del gobierno conservador de Ley y Justicia (PiS), en el poder desde 2015, pero que luego de las últimas elecciones ya no podrá formar nuevo gobierno. **Todo el mundo está muy emocionado por la historia del Segundo Cuerpo.** Porque muchos somos descendientes de aquellos soldados, pero también porque para una gran mayoría de polacos, forzados por siglos a particiones, exilios y guerras, el nacionalismo es su pasión, diría un meme.

Del General Anders -¿cómo es que aún no lo descubrió Hollywood?- se cuentan muchas historias: aquí en el Palacio Paz es un héroe. No me gustan los militares -nacé en 1975 en la Argentina- pero a Anders le tengo cariño. Criado en la Polonia dominada por Rusia, había servido en el Ejército Imperial. Fue un sobreviviente de la infame prisión Lubianka en Moscú, y un político sagaz que logró, a la vez, ser comandante en jefe de su propio ejército y salvar a miles del aproximadamente millón y medio de polacos, entre prisioneros de guerra y deportados por "enemigos del pueblo", confinados a las colonias



Otro tiempo. Arriba, Stefania, la abuela de Ana en medio de sus padres con los trajes del Segundo Cuerpo polaco del general Anders. Antes había estado deportada en Kazajstán con 30 grados bajo cero en invierno. Abajo, el abuelo Zbigniew que desde Rusia llegó a trabajar en un hospital de Mosul en el mismo Segundo Cuerpo hasta que pudo recibir entrenamiento militar y pelear en Italia junto a los aliados.



penales y de trabajo soviéticas.

Mi papá se abre la camisa leñadora: se puso una remera estampada con una foto del carnet de soldado de Zbigniew, mi abuelo -los ojos claros y fieros, el pelo al ras-, un tesoro que también trajo. **Su gesto me da una mezcla de ternura y vergüenza.** Para el 17 de septiembre de 1939, cuando los soviéticos invadieron Polonia e idearon la operación Intelligenzaktion para matar a miles de referentes de la sociedad polaca, mi abuelo, con 27 años en esa foto, había sido movilizado a la frontera este como parte de las Fuer-

zas Armadas Polacas. ¿O se presentó como voluntario? No lo sabemos. Lo que ha quedado de él, que murió cuando yo era muy chica, es un pequeño lote de fotos, certificados y condecoraciones de bajo rango. Y por más que he querido durante años hacerlo hablar, es poco lo que dice.

Que cayó prisionero un día después de la invasión cerca de Tarnopol -en ese entonces Polonia, hoy Ucrania-, no muy lejos de donde mi abuela, 16 años, vivía con su familia sin imaginar aún que la guerra le deparaba un destino similar. Que pasó al menos por

dos campos de prisioneros, manejados por la temible NKVD, que los enviaba a minas y canteras y canales de Ucrania a los Urales, del Ártico a la Rusia asiática. Eran obligados a trabajar en durísimas condiciones: hambre, tifus, malaria, disentería, frío atroz.

La leyenda dice que después de liberado, Zbigniew caminó 500 kilómetros para llegar a Yangi-yul, Uzbekistán, donde Anders estaba formando el Segundo Cuerpo. Pero quizá esto sea una mezcla de **los recuerdos de mi padre con un dibujo a lápiz de autor desconocido** que heredó: muestra a hombres marchando en la nieve rodeados de guardias y perros. En el reverso, escrito: "Desde Kotlas en dirección a Siberia a través del río Dzwina".

A mediados de 1941, después de que Hitler rompiera su pacto de no agresión y atacara a la URSS, Stalin accedió -a través de un acuerdo con el Primer Ministro polaco exiliado en Londres- a liberar a los polacos para crear un ejército bajo su subordinación operativa y el mando de Anders, liberado a través de ese mismo pacto. No sin poner trabas: por ejemplo, era más probable que los polacos no "étnicos" - como judíos o bielorrusos- fueran forzados a **engrosar las filas del Ejército Rojo.** Por otra parte, algunos oficiales de alto rango del Segundo Cuerpo no querían judíos, y Anders restringió su reclutamiento a un proporcional acorde a la población judía polaca antes de la guerra.

“

Mi abuela casi nunca habló del año y medio que pasó allí. Una vez le pregunté por qué no se había escapado. Achinó sus ojos, sonrió y me dijo: ¿a dónde?

Entre los liberados de Anders también estaba mi abuela, Stefania. Su padre, oficial de policía, había sido enviado a algún lugar del Gulag; y ella y su madre, obligadas una madrugada de 1940 a abandonar su casa en Trembowla -hoy una ciudad ucraniana- para subir, como otras miles de mujeres y niños, a un **tren de carga sin techo y sin destino conocido.** Un mes después, las bajaron del tren.

A esa oleada de deportados le tocaron los koljós -las granjas colectivas soviéticas- de las estepas de Kazajistán: 30 grados bajo ce-

ro en invierno, un pozo en la tierra como casa, chinches y piojos como compañía constante, estiércol como calefacción, cáscaras de papa como un manjar. Mi abuela casi nunca habló del año y medio que pasó allí. Una vez le pregunté por qué no se había escapado. Achinó sus ojos, sonrió y me dijo: ¿a dónde?

Después de la "amnistía" de Stalin, Stefania y su madre llegaron, de alguna manera, también al centro de reclutamiento en Yan-gi-yul donde, quizá, todavía estaba Zbigniew. Ahí, posiblemente a través de los anuncios de esa red de redes que fue la Cruz Roja durante la guerra, se reencontró con su padre. Muchísimos otros habían desaparecido para siempre en las profundidades del Gulag.

Zbigniew y Stefania, que todavía no se conocían, fueron evacuados en 1942 junto a otros miles de voluntarios de Anders por el Mar Caspio hacia Medio Oriente, bajo dominación británica: la URSS cada vez proveía menos apoyo, y el Segundo Cuerpo seguía hambreado y débil. Asignados en 1943 al Ejército Británico, los polacos de Anders ser-pentearían por Irán, Irak, el Líbano, la entonces Palestina y Egipto, levantando a su paso hospitales de campaña y escuelas técnicas, creando periódicos y compañías de teatro. Mi abuelo recaló en un hospital al sur de Mosul hasta que se pudo incorporar al entrenamiento militar; mi abuela y su familia siguieron como voluntarios civiles la ruta del Segundo Cuerpo hasta Palestina. Stefania, después de la guerra, terminó allí el secundario. Según la leyenda, el diploma lo recibió de manos del mismísimo Anders.

En Palestina también se quedó la mayoría de los 4 mil soldados polacos de Anders que eran judíos, decididos a luchar por la independencia. Menachem Begin, futuro primer ministro de Israel, fue uno de ellos, destaca un banner de la exposición. "En el Segundo Cuerpo los judíos eran bienvenidos, y cuando muchos desertaron, a pesar de las protestas de Gran Bretaña, Anders no los persiguió", dicen aquí en el Palacio Paz, y cuando le dan la palabra al público, una señora dice que los crímenes soviéticos contra los polacos se silenciaron por muchos años; y a un señor se le quiebra la voz porque le parece injusto que se suela decir que los polacos no ayudaron a los judíos.

Pienso: es cierto que el Estado polaco no capituló ante los alemanes ni entregó a sus ciudadanos judíos como sí lo hizo, por ejemplo, Francia; pero también es cierto que existió, al igual que en toda Europa, indiferencia, aprovechamiento e incluso colaboración —como muestra *Ida*, la película que le valió un Oscar a Polonia en 2015— fogoneada por el miedo y la propaganda antisemita de Hitler. Aún hoy, la cuestión de colaboracionistas versus "samaritanos" —como el IPN titula una muestra sobre los Ulma, una familia asesinada por los nazis junto a los judíos que escondían— es un campo lleno de tensiones. Del otro lado, recuerdan algunas matanzas de judíos donde los polacos estaban entre los victimarios. Mi papá me susurra algo que nunca me dijo antes, pero siempre sospeché y temí: "A tu abuelo no le gustaban los judíos, porque decía que manejaban la plata. ¡Pero no por antisemita!". Un estereotipo bastante diseminado entre la incipiente clase media católica de la Polonia de esos años.

Para 1944, Zbigniew fue trasladado de Egipto a Italia. No luchó en Monte Cassino, el pico más alto del relato épico del Segundo Cuerpo, pero se entrenó en una fuerza de eli-



Genealogía. Ana creció junto a las historias de las peripecias que vivieron sus abuelos antes de llegar a la Argentina. JUANO TESONE

LA AUTORA

Ana Wajszczuk es escritora, periodista y editora. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UBA y cursó el magíster de Escritura Creativa en la UNTREF. Desde hace más de 20 años, sus artículos se publican en medios de Latinoamérica y Argentina. Publicó los libros de poesía *Tropico Trip* (Ediciones del Diego, 1999), *El Libro de los Polacos* (Algaida, 2004 y *Caleta Olivia*, 2022, en versión corregida y aumentada); *Chicos de Varsovia* (Sudamericana, 2017), sobre la historia del Levantamiento de Varsovia, cuya adaptación fue llevada al teatro en 2022, y la novela *Fantasticland* (Sudamericana, 2023).

¿Hay muchos pasados?



Sensaciones

Daniel Ulanovsky Sack
dulanovsky@clarin.com

Hablamos mucho con Ana, la autora del texto de hoy, sobre las narrativas familiares. Historias que uno no construyó pero de las que forma parte por lo oído y lo vivido. ¿No es en la niñez cuando lo que se escucha se convierte en verdad sin subjetividades? Creo que eso pasa, por ejemplo, con las religiones: solemos tener la misma de nuestros padres porque es muy difícil confrontar lo mágico que aprehendemos en la infancia, no se trata de libre elección.

Ana, descendiente de polacos católicos, conocía la historia de la Segunda Guerra Mundial desde la mirada de un país que había sido dividido entre Alemania y Rusia y cuya población sufrió las miserias del nazismo y de Stalin (hasta que este se convirtió en extraño aliado). Yo, en cambio, provengo de una familia de judíos del Este de Europa que llegó al país mucho antes de aquella Guerra. No tengo una relación directa con Polonia —mis antepasados vi-

vían en lo que hoy es Ucrania, en esa época la Rusia Zarista— pero sí con el significado del Holocausto. Y Polonia quedaba mal parada, los judíos polacos que habían sobrevivido se contaban, casi, con los dedos.

Sabía de los esfuerzos del actual gobierno de Varsovia por dejar claro que los campos de concentración en su tierra no habían sido polacos sino alemanes. Eso es cierto pero tan cierto como que la mala prensa del ultraconservador gobierno actual, que seguramente cambie pronto, venía respaldado de un nacionalismo extenuante y de medidas contra los derechos de la mujer y la libertad de expresión.

Supé que hubo matanzas de judíos que llevó a cabo la población polaca, como la masacre de Jedwabne. Y de denuncias para tener alguna recompensa. Pero también que hubo muchas conductas heroicas, gente que ayudó poniéndose en peligro. Y supe de la historia del general Anders, nueva para mí pese a que un primer ministro israelí había sido su soldado.

Hay que saber escuchar. Ser firme cuando los límites traspasan nuestra ética y no ceder, pero estar abiertos cuando existen historias que desconocemos y aportan una mirada que nos era ajena.

te, los "Cichociemni" (algo así como "oscuros y silenciosos"). Los documentos dicen: "alférez de artillería, sobrenombre: Pequeño Oso 2, paracaidista, juramentado, listo para ser depositado en la patria". No fue depositado en su patria, sino que peleó en las batallas de Ancona y Bolonia. La guerra en Europa terminaría un par de semanas después de esta última.

En 1947, el Segundo Cuerpo fue desmovilizado. Anders formó el Cuerpo Polaco de Reasentamiento para acoger a sus soldados en Gran Bretaña, porque para la gran mayoría, como para Zbigniew y Stefania, Polonia, ya bajo la órbita total de la URSS, no era un lugar seguro donde regresar. Anders tampoco volvió: murió en Londres en 1970 y pidió ser enterrado junto a los caídos en Monte Cassino.

Mis abuelos se conocieron en 1948, en el campo militar de Foxley, a unos 150 kilómetros de Londres. Se casaron, se mudaron a Londres, nació mi padre. En 1951 llegaron a la Argentina siguiendo a mi bisabuelo —que había emigrado un tiempo antes—. Nunca volvieron a vivir en su patria.

Esos jirones son todo lo que sé de esa parte de su historia, y es más de lo que supe nunca de ellos en general. Veinte años atrás, con esos jirones escribí un libro de poemas, que me inspiró un artículo periodístico, que dio pie a otro libro, que a su vez se versionó como obra de teatro. Cuando estuvimos con mi papá en Polonia, investigando para mi libro "Chicos de Varsovia", en un homenaje vimos a la hija del General Anders, toda una celebridad. Andá a saludarla, hablale de tus abuelos, me dijo con un empujón cariñoso. Yo pensé ¿qué puedo decirle? Mi abuelo y mi abuela fueron apenas dos más entre miles. Y sin embargo no dejo de sentir que al contar estas historias, reparo algo. Que por alguna razón, toc, toc, llaman a mi puerta una y otra vez, y yo respondo. ■

Podés escribirme a...